

riscal no tenía en cuenta la decadencia moral de los Borbones. ¿Podía un Luis XV llevar á buen término una empresa en que había fracasado Luis XIV? A falta de rey, ¿había un ministro de la familia de los Richelieu y de los Mazarinos? Todo lo que Fleury tenía de comun con aquellos grandes hombres de Estado es que era cardenal; pero la decrepitud romana estaba entronizada en Versalles, no la varonil energía de los hombres del siglo xvii. Ni aún fué Fleury quien quería la guerra. Voltaire, muy bien informado de las intrigas que agitaban la miserable corte de Luis XV, nos dice que «fué el mariscal de Belle-Isle quien se propuso cambiar la faz de la Europa, ayudado en este gran proyecto por una dama entónces muy poderosa.» Así, pues, eran unos cuantos ambiciosos, infatuados con su pretendido genio, los que de acuerdo con la querida del rey, querían fundar una monarquía universal!

Sí, la ocasion era la única, como decia el mariscal. Bastaba llevar vivamente las primeras hostilidades, para coronar al duque de Baviera en Viena. Pero aquellas circunstancias tan favorables pusieron de manifiesto la incapacidad de los que se metian á repartir la Europa como si fuesen los ministros de Dios. Su incapacidad es una señal de su indignidad. Los grandes imperios no se forman más que cuando hay que realizar grandes cosas; y entónces Dios hace nacer un Alejandro, un César, un Carlo Magno. ¿Qué idea representaban los hombres pequeños y las queridas de la corte de Versalles? Hubo un juicio de Dios sobre aquellos temerarios que se atrevian á poner sus miras personales bajo el nombre de la Providencia; sucumbieron vergonzosamente allí donde habian esperado recoger gloria y poder.

N.º 2.—*La Alemania.*

La Alemania presenta un espectáculo más triste aún que la Francia. Si los Belle-Isle eran espíritus ligeros y ambiciosos, había al ménos en su egoismo un segundo pensamiento de gloria y de poder para la nacion francesa: querían hacer de su patria el árbitro de la Europa. En Alemania no encontramos más que ambi-

ciones de la más baja estofa; muy léjos de que la idea de la patria alemana viniese á ennoblecer aquellas codicias, los príncipes no hubieran podido satisfacerlas más que arruinando para siempre la libertad y la independenciam de su patria. Es el egoismo de príncipe en su bello ideal: presentémosle sin disfraz, aunque no sea más que para que la humanidad se disguste de semejante régimen. Los Hapsburgos apénas habian brillado ni como jefes de sus Estados hereditarios, ni como emperadores; pero si se les compara con los príncipes que disputaron su herencia á María Teresa, hacen casi el efecto de figuras heróicas.

¿Debe la historia hacer al elector de Sajonia, rey de Polonia, el honor de hablar de él? Miserable juguete de miserables ministros, no puede decirse ni aún que tuviera una ambicion. No se descubre en la corte de Dresde más que un sentimiento verdadero: una baja envidia contra la Prusia y su jóven rey. Pero aún esta pasión, por pequeña que sea, era todavía demasiado grande para los Brühl y compañía. Hay tal versatilidad en la conducta del rey elector, que no merece el nombre de política. Primeramente aparentó querer reclamar toda la herencia de la casa de Austria, por razon de su esposa, hija mayor del emperador José I. En seguida se acercó á la corte de Viena, y reconoció los derechos de María Teresa. Despues de esto entró en la coalicion contra la reina de Hungría. Por fin se volvió contra sus aliados y conspiró contra Federico II, repartiendo ya en profecía los Estados del héroe prusiano. ¿No parece un niño que se divierte en construir castillos de naipes, para tener el placer de demolerlos y de construir otros nuevos?

Veamos un concurrente más sério, el elector de Baviera. Tenía la ambicion de reemplazar á los Hapsburgos. Coronado en Francfort, se llamó emperador del mundo, vicario temporal de Cristo. Ante todo era jefe del imperio, y tenía que mirar por el honor y el interes de la Alemania. Bajo el punto de vista político, el emperador es el enemigo natural de la Francia, porque la Francia es el enemigo nato de la Alemania. Ya el rey cristianísimo le habia quitado los tres obispados, le habia quitado la Alsacia, acababa de quitarle la Lorena, y codiciaba las provincias del Rhin. Sin embargo, el duque de Baviera fué el aliado de Luis XV, digámoslo

mejor, su cliente, su vasallo. Para obtener la corona imperial, se prosternó á los piés del cardenal Fleury. Oigamos al futuro emperador: «Persuadido como lo estoy de las bondades de Su Majestad cristianísima, lleno de confianza en la amistad de Vuestra Eminencia, pensaba que el primer paso que debia dar era arrojarme en brazos de Su Majestad, á quien miraré siempre como mi único sosten y mi único apoyo.» El elector oye con gran alegría, dice, «que su confianza en el rey no ha salido fallida, puesto que el primer pensamiento de Su Majestad cristianísima se dirigió hácia él, para hacerle subir, si era posible, al trono imperial.» En vísperas de la eleccion, el duque escribió al Cardenal: «Hé aquí próximo el momento que debe decidir de la suerte del aliado más fiel del rey, é inmortalizar la gloria de su reinado, dándole ocasion de procurar la corona imperial á un príncipe que por inclinacion y por reconocimiento tratará siempre de unir los intereses del imperio y los de la Francia, y como ésta debe ser vuestra obra, yo pongo toda mi confianza en vos, á quien siempre he amado y mirado como verdadero padre, y será un doble consuelo para mí cuando vea el día de mi elevacion ser la época más gloriosa de vuestro ministerio» (1). El tratado de Nymphenburgo nos ha mostrado cómo conciliaba el futuro emperador los intereses del imperio y los de la Francia. Sacrificó, hizo traicion al imperio por ser emperador. La Francia se hizo dar carta blanca para todas las conquistas que hiciese en el Rin y los Países-Bajos, por el príncipe que, elegido emperador, debia jurar conservar la integridad del imperio, y cuyo nombre de *augusto* indicaba que se comprometia á extender sus límites.

El mariscal de Belle-Isle colocó la corona imperial sobre la cabeza del duque de Baviera. ¿Estuvo el emperador á la altura del papel que habia ambicionado? No hablemos de honor, de dignidad, de deber. De antemano el emperador habia prescindido de esos vulgares sentimientos, solicitando la corona del cardenal de Fleury, lo mismo que un pobre diablo solicita un pequeño destino de un primer ministro. Pero para seguir siendo emperador,

(1) SCHLOSSER, *Geschichte des XVIII^{ten} Jahrhunderts*, t. II, p. 10, nota, y p. 15, nota.

era preciso combatir á María Teresa, y para esto necesitaba de un ejército. El señor del mundo no tenía dinero. Su protector el cardenal le pagó grandes subsidios. ¿Qué uso hizo de ellos? Es preciso leerlo para creer el empleo que el duque de Baviera daba al dinero francés; pidió á París ocho trajes bordados y galoneados en telas de oro ó de plata; dos ricas batas; telas de oro, de plata y de seda para vestidos de las princesas por doscientas libras de peso; veinticuatro pares de zapatos para mujer bordados en oro y plata; una gran carroza de embajador, forrada de terciopelo y oro con los arneses de lo mismo; una berlina dorada para Su Alteza electoral, forrada por dentro de terciopelo con adornos dorados con sus correspondientes arneses y accesorios; despues vienen las gualdrapas, las sillas, las bridas y los frenos, todos bordados de oro y plata; ocho mil varas de galones, con fondo de plata y seda para la librea, más trescientos marcos de galones de plata calada para el séquito de Su Alteza electoral en Francfort, más doscientos setenta marcos de galones llamados mosqueteros para sombreros y trajes de guardias.» No acabaríamos si hubiésemos de contar las cómodas, los relojes, los espejos, los servicios de postres, los vinos que debian comprarse en París por cuenta del elector, con los subsidios del cardenal (1). Hé aquí lo que preocupaba al futuro emperador de Alemania! La pompa de la coronacion, los vestidos galoneados y bordados por todas las costuras, el lujo del mobiliario, los goces del poder. No pensaba en que era preciso conquistar aquel poder. Nos engañamos; pensaba en ello, pero dejaba este cuidado á la Francia.

II.

Prescindamos de estos pobres electores, y apresurémonos á ver un hombre en la escena. Cuando se pone á Federico II enfrente de los demas príncipes de Alemania, se comprende la admiracion entusiasta que le prodigaron sus contemporáneos; le llama-

(1) SCHLOSSER, *Geschichte des XVIII^{ten} Jahrhunderts*, t. II, p. 20 y sig.